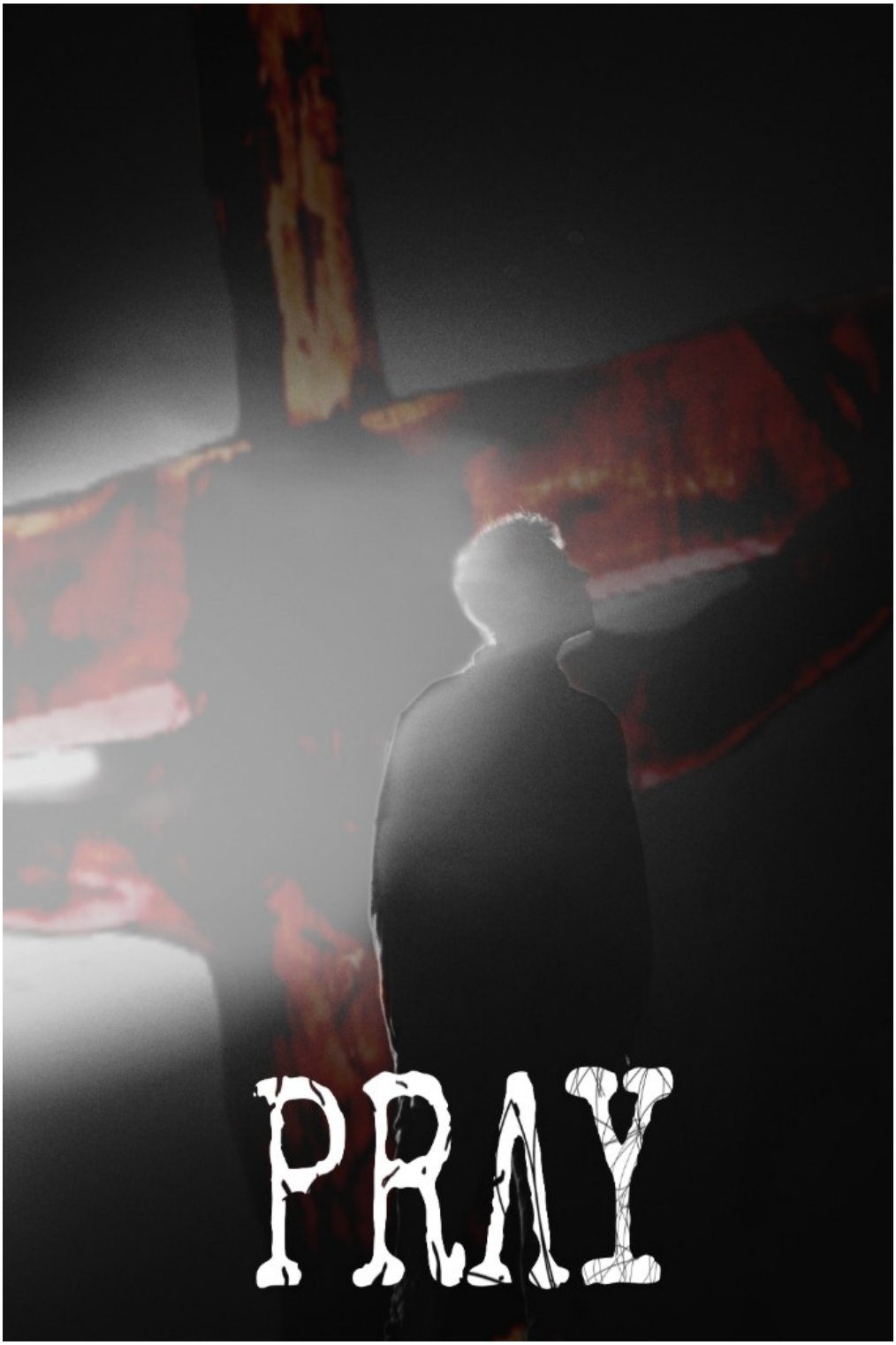
Pray

Gabriel López



Capítulo 1

Prólogo I.

"Todos los que han pecado sin conocer la ley también perecerán sin la ley; y todos los que han pecado conociendo la ley, por la ley serán juzgados".

-Romanos 8:1-2.

—Tu libre albedrío es una farsa, ¿lo sabías? —dijo, mientras paseaba en forma burlona y decidida frente a su víctima—.
—D-de qué hablas... —el párroco, de pie frente a su contraparte, que era exactamente igual que él, la mira a los ojos, intentando disimular el terror que hubiere invadido su ser—.
—Hombre, mírate, pasaste tu vida adoctrinado y siguiendo la supuesta "Palabra de Dios" al pie de la letra, no omitiste, siquiera, una palabra —comienza a caminar libremente alrededor del párroco, dándole golpecitos en los hombros y la cabeza—. Viviste bajo esa ley ciegamente como un caballo guiado por su jinete. Fallas una sola vez... No, ¡haces lo que quieres por una vez, y no importa cuánto te arrepientas por lo que pasó al final! Mira dónde acabaste.
—No... ¡Dios me ama! —aprieta las manos, hirviendo en cólera, y voltea a ver a su opresor nuevamente a los ojos—. ¡Él no permitirá que acabe aquí!

—¡¿Ah, sí?! ¿Y por qué estás tan seguro de eso? —da una breve sonrisa, mostrando colmillos negros, recubiertos de maldad y ansias de castigo, despojando al párroco de todo rastro de valentía y ánimo de desafío, y cubriéndolo nuevamente de terror—.
—T-tú lo dijiste, he vivido toda mi vida bajo su palabra misericordiosa, he sido guiado por su ley y no he faltado a su congregación ni dañado a nadie —consumido por su nerviosismo, traga saliva y finge una mirada de seguridad—.
—Anciano, hablas demasiado para demostrar tan poco.

En ese momento, la criatura alza sus manos a la altura de su vientre, y una especie de burbuja de baba espesa y negrirroja se yergue frente a sus ojos y muestra imágenes de niños castigados a golpes, gente atacada verbalmente, paredes azotadas con objetos y miradas de lujuria tanto a hombres como a mujeres, jóvenes y adultos, vivos y muertos.

—¡NO! —grita el párroco, ya rendido físicamente, pero intentando mantener su espíritu en pie—. ¡No pueden castigarme por eso! ¡Eso jamás pasó! Me estás intentando engañar, ¡monstruo!
—¿Sabes qué? Eso es verdad. Nada de lo que te muestro lo hiciste, todo es falso, ¿pero te digo por qué te lo muestro, a pesar de que no es verdad? Porque ni Dios ni yo te juzgamos por lo que haces, porque para

eso siempre está el hueco legal del arrepentimiento. Nosotros te juzgamos por lo que hay dentro de ti, y lo que veo... —hace una pausa y se detiene detrás del párroco, asomando su cabeza por sobre su hombro— Es vergüenza, te avergüenzas de lo que eres, porque elegir ese camino básicamente te quitó tu libertad; pero más que eso, veo que dentro de ti no hay nada de arrepentimiento por lo último que hiciste antes de morir, más bien veo... Orgullo —sonríe y, con su larga y puntiaguda lengua, lame el costado de su cara. Luego, se pone de frente a él nuevamente—. ¿Lo disfrutaste, cierto? Te gustó hacerlo. Jugaste a ser Dios y te funcionó bien, pero sabías que no era eterno, por eso tuviste ese final abrupto. De hecho, si hablamos respecto a Dios, entonces tengo total libertad para decir que Él no te ayudará aquí, ¿sabes por qué? -coloca su mano en el cuello de su víctima y la alza en el aire, irguiéndose él también, revelando una figura macabra, y mostrando una sonrisa aún más siniestra- Él mismo fue quién te envió aquí.

La criatura crece aún más en tamaño, apareciéndole un par de alas aparentemente angelicales goteando un líquido negro. Estas alas cubren al párroco, que ya estaba envuelto en su propio horror, y al descubrirlo éste estaba cubierto de un líquido oscuro, hediondo a putrefacción, que funde al párroco y lo vuelve uno con el entorno, ahogándolo en su propio grito de dolor y fundiéndolo con demás almas agonizantes que se hallaban en el lugar. El famoso Sheol.

Prólogo II.

"Entonces oí una gran voz que decía desde el trono:

He aquí, el tabernáculo de Dios está entre los hombres, y Él habitará entre ellos y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará entre ellos".

-Apocalipsis 21:3.

El hombre miraba con desdén a su alrededor, viendo como todo se desmoronaba por el caos mundano. Hombres peleando en protestas supuestamente pacíficas, mujeres arrinconando y maldiciendo personas externas a su lucha, infantes llorando y policías golpeando a gente que nada había hecho y nada tenía que ver con la manifestación.

Sumido en un dolor psicológico y espiritual enorme, el hombre sale de la estación de metro disponiéndose a caminar hacia el lugar que, sin nada mejor en su vida, él llamaba hogar; se abrió paso entre multitudes

iracundas mientras veía cada vez más gente dejándose llevar por su ira, despecho y odio. De pronto se topó con una mujer de avanzada edad que, con mirada triste, casi desesperada, cerraba su pequeño negocio familiar junto a su esposo y sus hijos ya entrados en la adultez. Se acercó amable y preocupadamente a preguntar qué estaba pasando, a lo que la familia se limitó a decir que la gente pareció estallar de un momento a otro, pues en las noticias jamás se hubo anunciado alguna manifestación masiva.

El hombre, aparentemente de unos veinte años, de cabello negro y largo hasta media espalda, ojos claros y vestido con una playera de Slayer, unos pantalones apretados y rasgados y unas zapatillas Adidas blancas, se dispuso a ayudar a la familia a cerrar el local a fin de evitar daños innecesarios mientras seguían hablando de lo que había ocurrido y lo que hacían antes que el tumulto de gente estallara en una ira inexplicable. Al acabar, la señora le agradece entregándole unos snacks, "Para que no te de hambre mientras vas a casa, niño", le dijo. El hombre agradeció con una reverencia y se dispuso a seguir hacia su destino, caminó unos pocos pasos, mirando a una multitud cada vez más enloquecida, y en cuestión de un segundo, en un simple y sencillo parpadeo, sintió un dolor agonizante atravesar su pecho, vio cómo la señora lo observaba horrorizada desde su ventana, policías y civiles corriendo desesperadamente hacia él mientras sentía su cuerpo caer hacia el piso, piso que nunca tocó, puesto que bastó sólo ese segundo, para que el hombre viera un páramo totalmente distinto.

En cuestión de un segundo, el hombre se hallaba en un gran campo verde aparentemente sin final, al menos no uno visible. Le tomó unos tres segundos despertar de su trance y notar que el agudo dolor que sintiese hace un momento ya no estaba, como si de una ilusión se hubiese tratado, entonces tocó su pecho, miró sus manos y nada. Ni una sola herida o rasguño, caminó durante unos minutos hasta que se halló nuevamente en el lugar donde antes estaba: la misma destrucción, la misma gente, la misma familia horrorizada, los policías golpeando a un sujeto con pistola cerca de dónde se encontraba su cuerpo mientras la gente lo insultaba a gritos, luchando por ir a golpearlo también. Se pregunta cómo es que puede estar viendo su cuerpo ahí tendido, si él se encuentra totalmente consciente, entonces mira en la dirección en la que iba y se topa con una figura grande y luminosa, que aparentemente le tendía una mano para ayudarlo a atravesar a esa gente.

El hombre se acerca a esta figura, toma su mano, y en un segundo estaba de nuevo en el páramo; confundido, busca a dicha figura que resplandecía como nada en el mundo lo haría jamás y que vislumbraba una bondad infinita, y cuando la encuentra, ésta sólo le dice: Bienvenido, hijo mío.

Capítulo 2

Capítulo I.

Encuentro.

"Pero de aquel día o de aquella hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre".

-Marcos 13:32.

Pasaron los segundos, los minutos y las horas, y Él seguía dando vueltas, observando todo con ira y decepción. Por primera vez en muchos años, el tiempo pareció eternizarse para tanto para Él como para la decena de ángeles y las almas bienhechoras que lo acompañaban.

—La situación empeora a cada segundo, mi Señor.

—Lo sé, Jerahmeel.

—¿Qué haremos con ellos?

—Nada. Sólo esperaremos a que todo el asunto se calme.

—¿No sería más… pertinente —hace una pausa, pensando cómo formular la pregunta— intervenir en esto para que se detengan?

—No, hijo. No somos intercesores. Hace demasiado tiempo dejamos de meternos en asuntos humanos. Ahora sólo intervenimos cuando hay que enjuiciarlos y decidir si vendrán acá o se irán con Jhooth.

—Entiendo…

—Noto duda en ti, hijo. Pero no tiene que ver con la situación allá abajo, es otra cosa. ¿Quieres hablarme de lo que te acongoja?

—Es que… Sigo sin entender cómo es que, sin ser creyente, llegué a parar aquí. Cualquiera diría que por mi "falta de Fe" iría directo a Sheol. O al menos que quedaría varado en un eterno vacío. ¿Por qué alguien como Tzevaoh se apiadaría así de mí?

En ese momento, Tzevaoh —también llamado Memrá por sus más febriles seguidores y ayudantes— voltea a mirar a Brant Harman, el mismo que moriría por una bala malintencionada hace unas horas, y toma su hombro. El joven lo mira intentando buscar unos ojos, o un rostro, o lo que sea con lo que pudiera identificarlo, sin encontrar nada, y aun así sintió

nuevamente esa gigantesca bondad proveniente de Él.

—Hijo, no te juzgo por tener o no Fe en mí o en Jhooth, te juzgo por lo que tienes en tu corazón y alma. Te juzgo por tus acciones. Y, no menos importante, te juzgo por lo que dejas en las demás personas. La huella que vemos de parte tuya en los que te rodean es de gran importancia para decidir adónde irás a pasar la eternidad.

—¿Y en qué pude afectar a los demás? Mi vida social era un asco, siempre me llevé mal con mi familia y mis padres me odian, ni siquiera mis relaciones de pareja fueron algo muy bueno que digamos.

—Y aún así lograste dejar una buena marca en los demás. Ellos vieron tu compasión y tu esfuerzo por ser mejor cada día. Inspiraste a tus amigos a luchar, aunque tú no lo hicieras a menudo. Y esa familia que conociste antes de morir se sintió muy agradecida con tu amabilidad y dejaste una buena impresión en ellos, tanto que siguen llorando por tu abrupta partida. Siempre fuiste alguien bondadoso y comprensivo, y por eso llegaste aquí.

—Ya veo. Gracias.

—No agradezcas. Más bien, nosotros te agradecemos por tus acciones, nos hacen ver que aún hay gente que prefiere hacer el bien en el mundo.

—Mi Señor —interviene un ángel, señalando al mundo bajo ellos—, creo que debe ver esto.

Tzevaoh se acerca al ángel y se dispone a mirar al mundo nuevamente, notando cómo los humanos abajo parecían enloquecer cada vez más, causando mucha más destrucción y caos a su paso, pero esta vez no sólo en la porción de ciudad que observaban hace un momento, sino que ahora parecía extenderse hacia las afueras de esta misma, como si de una plaga se tratase. Tzevaoh se dirige a su trono de manera decidida e iracunda, acompañado por Jerahmeel y otros dos ángeles.

—¿Qué hará, mi Señor? —pregunta Jerahmeel—.

—Detener esto. No podemos… No puedo permitir que esta situación empeore.

—¿De verdad va a actuar? —interviene Brant, mirando hacia abajo con una profunda tristeza—.

—Debo hacerlo, hijo. Ya ha sido demasiado tiempo que los he dejado caminar por sí solos y mira hasta dónde han llegado, necesitan ser corregidos —se apoya en los respaldos laterales del gran trono y, por primera vez desde que llegó, Brant pudo ver un atisbo de forma corpórea

y un rostro en Él, un rostro decepcionado y triste, pero decidido—.

—Mi Señor Memrá, estamos aquí para ayudarlo con lo que sea. Iremos con Usted para ayudarlo a calmar la situación allá abajo —interpeló Jerahmeel, colocándose a un lado de Tzevaoh y apoyando su mano en la espalda de su Señor—.

—No, Jerahmeel. Debo hacer esto solo. Yo dejé que se descarrilaran y eligieran este camino, yo debo ser el responsable de corregirlos.

—Qué tierno, Tzeeva.

Frente a ellos, se alza una nube de humo negro gigantesca, y una figura sombría y también sin rostro aparece entre las capas de este, emanando un olor a azufre y un aura espeluznante, caminando libremente hacia Tzevaoh y los ángeles mientras ríe durante unos segundos, observando con curiosidad a aquel muchacho recién llegado.

Los ángeles, dispuestos a proteger al muchacho y a impedir que se acerque a su Señor, se forman preparándose para el arremeter contra el visitante con sus armas celestiales, que en menos de un segundo ya se hallaban apuntando hacia la macabra y burlona figura que venía hacia ellos.

—Oigan, tranquilos —dijo, mirando a los ángeles y bajando el arma de uno de ellos de manera desafiante— no vine aquí para pelear.

—¿Qué quieres, Jhooth? —interpeló Jerahmeel rápidamente—.

—¿Cómo es que llegó aquí? —preguntó Brant en voz baja—.

—No lo sé, se supone que no debería poder llegar hasta este lugar —le responde Azai, uno de los ángeles que acompañaban a Tzevaoh—.

—Atrás, Jerahmeel —interviene Tzevaoh, haciéndolo a un lado—. Yo hablaré con él.

Tzevaoh observa fijamente a Jhooth, notando en él un aura de pacifismo, pero aun dudando del que una vez fuera su ángel más leal, mantiene una distancia prudente de él, recomendando a sus ángeles y a Brant que se mantengan alejados.

—¿Qué estás haciendo aquí, Jhooth?

—¿No es obvio, Padre? Vine a visitarlos y traerles información importante —se acerca lenta pero desafiantemente a Tzevaoh, sin mostrar ningún

gesto de hostilidad—.

—¿Sobre qué podría querer yo información tuya? ¿Qué podría no saber yo, que tú sí sabes? —se acerca también a Jhooth, con una ira cada vez más notoria, pero manteniendo su cautela por si Jhooth pensaba en atacar o hacerle algo a Brant o a los ángeles— ¿¡Qué hace creer al Rey del Sheol que es más sabio que la omnisciencia de Memrá!?

—Cálmate, Tzeeva —dijo, mientras se acercaba aún más a Tzevaoh—, ya dije que vine sólo a traerles información, una que tal pueda gustarles, y quién sabe, tal vez hasta los ayude —se detiene frente a Tzevaoh, mirándolo fijamente—.

—Lo repetiré una vez más —dijo Tzevaoh, intentando mantener su compostura—: ¿qué puedes saber tú que yo no?

—Es sobre lo que sucede allá abajo.

La compostura de Tzevaoh se deshizo por un instante, mostrando un atisbo de debilidad ante las palabras que dijera su antiguo ángel. Jhooth se abre paso por el costado de Tzevaoh y camina hacia el trono a través de los ángeles que resguardaban a Tzevaoh, quiénes ya habían bajado sus armas y se hallaban tan confundidos como Brant, que de pronto se vio de frente con Jhooth, disimulando una mirada de valentía ante aquel ser sin rostro que se presentaba ante él.

—Tzeeva —habló nuevamente Jhooth—, ¿te diste cuenta que este tipo ni siquiera ve rostros o cuerpos en nosotros?

Capítulo 3

Capítulo II.

Revelación.

"Lo que del hombre sale, es lo que lo contamina. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia y la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.

-Marcos 7:20-23.

De pronto Brant sintió una corriente fría recorrer todo su cuerpo y una sensación de terror apoderándose de él, "¿Cómo lo supo?" pensó, y sus pupilas se dilataron al ver esa figura sombría. Aun así, frunció un tanto su ceño, demostrando voluntad para defenderse él mismo, al trono de Tzevaoh y a la tierra de la voluntad maldita de Jhooth.

Inmediatamente y casi por inercia, Azai alza su arma, una lanza dorada, y se pone en frente de él con su cuerpo grande y macizo —algo distinto a muchos de los ángeles—, mientras mira fijamente a Jhooth y le advierte que retroceda si quería continuar hablando, a lo que Jhooth sólo reacciona tocando el arma divina suavemente y bajándola, haciendo así que Brant retroceda un minúsculo paso.

—Vaya, parece que este chico no es tan valiente, después de todo —ríe—. ¿En qué iba? Ah, sí —se sienta en el respaldo derecho del trono de Tzevaoh, mientras Brant, Azai, Tzevaoh y los ángeles lo observan en silencio—, te traigo información de lo que sucede abajo, Padre.

—¿Y cuál sería esa información? —se alza un tercer ángel, uno de los que estaba con Brant, manteniendo una postura firme y sin alzar ningún arma ni mostrar sus alas—.

—Cuánto tiempo, Kefas —saluda Jhooth—. Siempre es un agrado verte, pero ahora, si me disculpas, estoy hablando con mi Padre. Y tal vez con Brant.

—¿Cómo sabes mi nombre? —interviene Brant—.

—¿Qué acaso no sabes que sabemos los nombres de todos ustedes en la tierra? ¿Qué les enseñan ahora en sus escuelas?

—¡BASTA! –grita Tzevaoh y se acerca rápidamente a Jhooth, causando una ráfaga de viento que se llevaría hasta el edificio más resistente de

todos— ¡Dime de una vez lo que sea que vayas a decir y vete de estos terrenos sagrados, que tu presencia no es querida aquí!

—Está bien, pero no te alteres así, que espantarás al chico —dice, en forma burlona, y luego san un leve suspiro—. Bien, a lo que venía. Supongo que ya sabes sobre lo que está pasando abajo, ¿no?

—Así es.

—Bien, vengo a contarte sobre la causa de eso.

—¿Crees saber más que mi omnisciencia, Rey del Sheol?

—¿Sabes qué lo originó? —Tzevaoh hace un silencio que dura unos segundos, mientras Brant y los ángeles lo miran con preocupación—. Creo que tu omnisciencia no lo sabe todo, Padre. Verás…

—¡Basta de tus insolencias, embustero, y habla!

—A eso iba, Tzeeva —hace una pausa y dirige su mirada a Brant, que empieza a ver una suerte de rostro en él también—. Vaya, parece que él está empezando a creerme —ríe—.

—Tsk… Sólo habla, ¿quieres?

—Jé. Supongo que de verdad la omnisciencia de Tzevaoh no lo sabe todo. Bueno, Brant; Padre, ¿han visto lo que se ha ido guardando a través de todos estos años en los humanos?

—¿De qué hablas? —pregunta Brant—.

—Odio —responde tajantemente Tzevaoh—.

—¿Odio?

—Exacto —interviene Jhooth—. Odio. Lo he visto. He andado entre ellos. Cada vez han ido acumulando más odio, y ese odio eventualmente se saldría de control, ¿cierto, Padre? Sabías que se saldría de control, era algo obvio.

—No… Esto no se supone que debía pasar… Tú…

—¿No? Pero tú les diste su capacidad de elegir, les diste la libertad que creíste que necesitarían para ser mejores, ¿o estoy errado?

—¡Ya es suficiente! —grita nuevamente Tzevaoh— ¡No soportaré que vengas a mis terrenos y llenes las mentes de mis ángeles con tus

mentiras!

—Sabes perfectamente que no son mentiras, Padre, sino yo no habría podido llegar aquí.

Tzevaoh titubea, mostrando por primera vez un gesto de duda, y la expresión burlona de Jhooth cambia totalmente a una de seriedad. Brant, intentando negarse a creer lo que el Rey del Sheol decía, se aleja lentamente de la realidad que ha visto toda su vida:

Guerras sin fin esparciéndose por el mundo, discursos de odio desde la religión y hacia ésta, política de exclusión hacia sectores mal llamados minoritarios, el rechazo y violentación a las ideas diferentes. Brant, abrumado por estos pensamientos, se tambalea hacia un lado, sintiendo su vista volverse borrosa y se apoya en el costado del trono.

Por su parte, los ángeles se inquietan y miran a Tzevaoh, luego Azai y Kefas bajan sus miradas, resignados a la verdad que salía de la boca de Jhooth.

—Todo lo que dices es mentira —replica Tzevaoh— yo no causé esto. Me niego a ser el responsable de toda esa destrucción.

—Oh, pero lo eres, Padre —repite Jhooth—.

—Tiene razón —interviene Kefas. Tzevaoh y Brant lo miran perplejos, ¿pues cuándo un ángel se había revelado así a la palabra de su Señor? —. Usted causó todo esto, Padre.

—Tú… —Tzevaoh se abalanza sobre el ángel con su mano alzada y lista para dar un golpe, dispuesto a disparar toda su furia sobre él; pero en ese momento, es detenido por Azai empuñando su lanza celestial, quién mira a Tzevaoh directamente a los ojos ante las miradas atónitas de Brant, Jerahmeel y los demás ángeles— ¿También te rebelas, Azai?

—Al contrario, Señor. No es una rebelión, es aceptar la verdad como es —Azai baja su lanza, aun manteniendo su mirada fija en Tzevaoh—. Usted hace demasiado tiempo los dejó libres, sin ninguna clase de juicio sobre sus acciones. Eso desencadenó todo lo que está pasando ahora. Y hay que corregirlo.

Tzevaoh, hirviendo en cólera, le da un golpe con su antebrazo en la cara a Azai, pero éste, para sorpresa de Brant, Jerahmeel y los demás ángeles —excepto de Kefas y Jhooth— no se movió un centímetro de su posición, demostrando su convicción ante sus palabras, pero habiendo Tzevaoh dejado un mensaje más que claro. En ese momento, Jhooth se levanta del respaldo del trono riendo, camina entre Tzevaoh y los ángeles y, sin más,

su risa se detiene en seco.

—Hay que hacer algo —dijo, sin mirar a los que había dejado atrás—. Ya es muy tarde para corregirlos, ahora hay que actuar, y eliminarlos de ser necesario. Ya sabes, como lo hiciste muchas veces antes —se abre un portal de humo y cenizas frente a él y se detiene un segundo antes de cruzarlo—. Si quieres (o necesitas) mi ayuda, ya sabes dónde encontrarme.

—Ángeles —dijo Tzevaoh— ¡deténganlo y llévenlo adónde no vuelva a salir jamás a ver la luz del sol!

Inmediatamente después de esas palabras, los ángeles se abalanzaron sobre Jhooth, cruzando el portal con él y cerrándolo detrás suyo mientras Tzevaoh desaparece entre las nubes que lo separaban de la tierra. Brant corre para intentar cruzarlo antes que se cierre, pero es detenido por Kefas antes de poder alcanzar a la masa de criaturas celestiales que se acababa de marchar.

—No te conviene ir allá, chico.

—Necesito ir. Quiero saber cómo detener esto.

—No puedes. En el momento en que Jhooth atravesó la barrera que separa al Sheol del Reino Sagrado de Samia, esto pasó a estar más allá de cualquier humano vivo, muerto o nonato. Lo siento.

—Llévame con Jhooth.

—¿Para qué quieres ir con él? Ni aunque te diera poder podrías…

—Él sabe cosas que al parecer Tzevaoh ignora. Eso dice que Tzevaoh no es tan omnisciente como dice, o que Jhooth realmente sabe ocultar muy bien las cosas de sus ojos. Además, parece que ustedes dos han compartido cosas con él, así que pueden llevarme. Háganlo.

—No es tan simple como…

—Basta de rodeos, Kefas. Sólo llevémoslo y que lo vea con sus ojos.

—¿Crees que lo encontremos luego de la arremetida de los otros ángeles?

—Vamos, Kefas, estamos hablando de Jhooth. Además, recuerda a qué lugar fueron a parar a través de ese portal. ¿Crees que puedan combatir con él y aprisionarlo en su propio Reino?

—Tienes razón —dijo Kefas, ante la mirada confundida pero decidida de

Brant. Luego da una breve risa y mira al chico—. ¿De verdad quieres ir?

—¿Hay alguna duda?

—Bien.

Azai y Kefas se ponen uno frente al otro y toman sus manos. Acto seguido, empiezan a recitar unos versos en una legua que Brant jamás había escuchado antes.

—Jahmül saete kinkrann ramal —recitan, mientras sus ojos comienzan a cubrirse de un negro abismal que refleja lo que hay en el Sheol—. Läomm niek-s-haba krull ralam —Brant observa cómo empieza a aparecer frente a ellos un portal similar al que usara Jhooth para transportarse hace un momento, a la par que a Azai y Kefas les empezaban a aparecer unas alas hechas casi completamente de sangre y el largo cabello de Kefas se para de ser dorado a negro en un segundo—. Neol Sakar Iet Sheol Haa Karhaas!

Al terminar esa frase, los ojos de Azai y Kefas vuelven a la normalidad, sus alas desaparecen, el cabello de Kefas vuelve a teñirse de oro y el portal yace completamente erguido delante de ellos, mostrando parte del Sheol. La mirada de Brant se torna llena de duda sobre la procedencia de aquellos ángeles que acababan de destrozar cada palabra de Tzevaoh como si nada y, además creado ese portal directo al hogar de Jhooth.

—¿Aún quieres ir, chico? —pregunta Azai—.

—Absolutamente.

—Bien, nosotros te acompañaremos allá abajo —dice Kefas—.

—Me parece bien.

Brant, acompañado por los ángeles, se adentra al portal que lo llevaría directamente al Sheol. Se pregunta si Jhooth le podría dar las respuestas que busca, y más aún, ¿estaría el Rey del Sheol dispuesto a ayudarlo a detener lo que sucedía en la tierra y salvarla?

Capítulo 4

Capítulo III.

Pasado, presente.

"Les digo que así mismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente".

-Lucas 15:10.

Brant, Azai y Kefas se adentran al Sheol a través del portal, pero sólo se topan con un lugar sumido en una profunda oscuridad aparentemente sin final y Brant rápidamente es asfixiado por un fuerte olor a putrefacción que lo fuerza a tapar su nariz. Azai le pone una mano en su hombro y replica que todo estará bien y lo cuidarán hasta que salgan de ahí. Entonces caminan unos pasos hacia adelante y de a poco se empieza a vislumbrar una tenue luz.

El trío se encamina hacia esa luz y se topan de frente con un paraje similar a Samia pero cubierto en oscuridad y con pozos de lava negra en el suelo, y en ese paraje, ven los cuerpos de los ángeles que previamente se hubieran abalanzado sobre Jhooth repartidos por todas partes, algunos atravesados con picos salientes del suelo y montañas de rocas negras, otros mutilados y tajados por todo su cuerpo y uno aún moribundo con medio cuerpo derretido y los huesos saliendo por su piel ya casi inexistente.

—Santo Padre… —dice Azai, sorprendido por la brutalidad de Jhooth con los ángeles—. Nunca lo vi acabar así con sus enemigos antes.

—¿Cómo dices? —pregunta Brant—. ¿Cómo que no lo habías visto hacerlo antes?

—Nosotros solíamos ser servidores de Jhooth —dice tajantemente Kefas—.

—Espera, ¿qué?

Brant sintió una mezcla de asombro, horror y confusión, ¿cómo podían dos ángeles tan cercanos a Tzevaoh haber sido servidores de Jhooth? Y peor: ¿Cómo pudo ser posible que esos servidores llegaran a ser considerados tan buenos como para llegar a Samia? El chico se tambalea hacia atrás, preguntándose si de verdad podía confiar en ellos o si lo habían guiado directamente a la boca del león, y justo cuando sentía que

iba a caer al piso, Kefas frena su caída con su mano.

—Tranquilízate, chico. Nosotros decidimos dejar a Jhooth atrás y unirnos a las filas de Samia para proteger a los humanos.

—Es normal que reaccione así, hermano —intervino Azai—. Recuerda cómo reaccionó el mismo Jerahmeel y la mirada de Memrá cuando nos presentamos ante ellos en la tierra durante ese enfrentamiento.

—¿C-cuál enfrentamiento? —pregunta Brant—.

—Fue hace miles de años, cuando la batalla entre Memrá y Jhooth salió de los límites de Samia y Sheol y azotó la tierra casi destruyéndola —Azai pone una mirada como si se tratara de algo que no quiere recordar—. Nosotros fuimos personas azotadas por las tempestades que Memrá envió a la tierra para atacar a los ejércitos de Jhooth, y cuando morimos el mismo Jhooth fue quién se encargó de recibirnos, porque Memrá no quiso tenernos con él.

—Claro, porque éramos ladrones y asesinos en vida —lo interrumpe Kefas, a lo que Azai ríe—.

—Había olvidado eso. La cosa es que Jhooth cuando nos recibió, nos convirtió en sus heraldos de muerte, azotando y asesinando a cada ser viviente que encontráramos en nuestro camino. Castigamos sin piedad a todos, sin importar si eran pecadores o no, la idea era entregarle un mensaje a Memrá.

—¿Y qué mensaje era ese?

—Libérame de este reino o tu creación sufrirá —interrumpe Jhooth, surgiendo ensangrentado de uno de los pozos de lava—.

Brant, Azai y Kefas miran fijamente al Rey del Sheol como si de un espectro se tratase, sorprendidos por la apariencia de éste. Jhooth se les acerca, apenas caminando, sin dejar de mirar a Brant.

—Algo me dice que tú tienes que ver con que estos dos estén aquí.

—S-sí, yo les dije que me trajeran —responde Brant, sin caber en su asombro por la paliza que parecía haber recibido Jhooth—.

—¿Qué rayos te pasó? —pregunta Azai, intentando mantener el temple ante la apariencia de Jhooth—.

—Esos ángeles eran más duros de lo que parecían —ríe cínicamente y

seca una mancha de sangre en su estómago—.

—Azai me contaba de cómo es que…

—Sí, su traición. Lo sé —interrumpe nuevamente Jhooth—. Quise entregarle a Tzeeva mi mensaje de una forma… Diferente, y usé a muchas almas perdidas para eso.

—¿No intentaste hablar con él?

—Intenté dialogar, envié hordas de demonios a Samia, asesiné ángeles y nada funcionó, así que ataqué su creación más preciada: los humanos. Y para ello utilicé a estos dos hermanos y a muchos más. Y justo cuando creí que estaba logrando llamar su atención para dialogar, Él baja a la tierra con sus ángeles, destruye mi horda y le ofrece a mis Hermanos de Muerte paz y redención en Samia, y sólo eso bastó para que Almawt y Yakhaf me abandonaran.

—¿Al-quién?

—Almawt. Hombre, ¿le hablan de esto y ni siquiera le han dicho sus verdaderos nombres? —pregunta Jhooth con una mirada de enojo—.

—Dejamos esos nombres atrás hace mucho tiempo —responde Kefas—.

—Renuncian a su identidad. Claro, Tzevaoh hace eso con todos sus ángeles —da un suspiro—. Bueno, ¿dónde íbamos? Ah, sí —hace una pausa—. Tzeeva les ofreció a estos dos, los que eran mis más fieles demonios, redención y un lugar en Samia a cambio de mostrar su arrepentimiento y dedicarle su eterna vida a Él.

—¿Qué, acaso tienes envidia que nos haya ofrecido una mejor vida mientras tú te pudres aquí abajo?

—Silencio, Yakhaf —ríe irónicamente, luego tose un poco de sangre y la seca con su mano—. Tú fuiste el primero en traicionarme, y por eso eres el que menos merece hablarme así.

—Tsk, como sea…

Jhooth mira seriamente a Kefas y Azai, y este último le devuelve la mirada, como si entendiera lo que él sentía. Brant da un paso hacia Jhooth, mostrando querer alejarse de los ángeles; él mira al chico directamente a los ojos y Brant cambia ligeramente su expresión a una un poco menos seria, puesto que al fin lograría ver de mejor forma su cuerpo, que pasó de ser amorfo a ser un cuerpo demasiado —casi exageradamente— bello, de cabello negro y puntas rojas con una melena que caía hasta los hombros en forma de olas, ojos claros como el cielo y

una piel pálida, con leves marcas de músculos en sus brazos y abdomen, como si intentara ser la idealización de cómo Brant se quería percibir a sí mismo.

—Al fin lo ves, ¿eh? —le pregunta el Rey del Sheol—. ¿Acaso me estás creyendo?

—No debería creerte, pero hay algo que me dice que no estás mintiendo, como todos dicen que haces. ¿Cómo sabes que no podía ver sus rostros? ¿Cómo es que puedes saber lo que pasa en la tierra mientras que Tzevaoh, que es omnisciente, lo ignora?

—¿Qué acaso no lo dije cuando estábamos todos en Samia? Yo camino siempre por la tierra, veo (y siento) lo que pasa allá, mientras que mi Padre sólo se limita a observar e ignorar casi todo lo que pasa ahí. ¿O crees que, si él hubiera intervenido, habrían pasado tantas guerras y catástrofes causadas por ustedes los humanos?

—Ya veo —dijo, reflexionando sobre lo que le acababa de decir Jhooth—.

—Y con respecto a lo de ver nuestros rostros, se puede resumir en que no creías en nosotros.

—¿Cómo?

—Sólo eso, no creías en nosotros. Tenías libertad para creer o no creer, pero elegiste ignorar nuestra existencia y relegarla a un plano de no-existencia para poder hacer tu vida según te plazca. Mi Padre y yo te hablamos sobre lo que pasa en la tierra y todo eso y decidiste creernos, en ese momento tu mente empezó a darnos forma y...

—No tienes que creerle —interrumpe Kefas—. No se puede confiar en él.

—Oh, aquí viene el leal ciervo de mi Padre a defenderlo —se burla Jhooth—.

—Silencio, Jhooth. Tú tienes menos derecho que nadie a cuestionar las decisiones de Memrá. Tú traicionaste su confianza

—Te equivocas, Yakhaf, tú eres quién tiene menos derecho de hablar aquí, porque estamos en mi reino y tú…

—¡Deja de decir estupideces, Jhooth! —grita Kefas, ya harto de que Jhooth lo llamase Yakhaf— ¡Tú mismo fuiste el que decidió traicionar a Memrá! ¡Tú elegiste pensar en ti mismo en vez de los humanos y tú abandonaste a los ángeles cuando necesitaban de ti! —Kefas se abalanza sobre Jhooth con la intención de atacarlo y acabar lo que los otros ángeles

empezaron, pero es detenido por Azai antes que pudiera caer sobre él—.

—Basta, Kefas.

Kefas mira a Azai directamente a los ojos, reflejando su ira ante el que era su compañero, y le azota un golpe a la cara con tal fuerza que le habría arrancado la cabeza a cualquiera, pero a Azai apenas y le movió la mejilla que recibió el golpe. Inmediatamente después, Kefas le da otro puñetazo en la cara ante la sorpresa de Brant y la diversión de Jhooth.

—¿¡Por qué te pones en mi camino?! ¡Quieres golpearlo tanto como yo quiero, y lo sabes!

—No lo niego, pero hay algo en lo que tiene razón: Memrá abandonó a la humanidad hace mucho tiempo.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunta Kefas sin caber dentro de su ira—.

—Sólo mira lo que está pasando allá en su mundo. Los humanos han trascendido a todos los valores que se les dio en un principio y sólo se guían por el odio y el egoísmo, y eso es culpa de Memrá. Incluso Él mismo lo admitió, por eso bajó a la tierra.

Kefas, sin poder creer lo que escuchaba decir a su hermano Azai, enfurece y le da otro puñetazo en la cara, y luego otro, y otro, y otro más. Puñetazos con tal fuerza que, si hubieran sido azotados en la tierra, habrían destruido ciudades enteras. La fuerza de esos golpes hizo entender a Brant por qué Jhooth los había llamado Hermanos de Muerte, pero a la vez se preguntó si esa fuerza era cien por ciento suya o se la había dado Jhooth.

—Ya basta, Yakhaf —irrumpe Jhooth, sosteniendo sus manos—. No tiene caso que lo golpees, sabes que no le harás daño, y menos aún cambiarás su forma de pensar.

—¡TÚ CÁLLATE! —grita Kefas—.

—Es cierto —interrumpe Brant—. Sólo mira su rostro, no cambiará de parecer.

—Al parecer el niño lo entiende —dice Jhooth—. Ahora, ¿qué querías decirme, que te trajo hasta acá?

—Necesito que me ayudes a saber cómo detener lo que está pasando en la tierra.

En ese momento, el Sheol fue sacudido por un temblor que derribó montañas e hizo que los cuatro cayeran al suelo. De pronto, empezaron a

caer rocas desde el vacío que había sobre ellos y las almas castigadas y encerradas en todos los rincones del Sheol se empezaron a sacudir y a gritar haciendo un gran escándalo, mientras grupos de demonios se alzaban intentando buscar a su Amo y Señor, y se escuchaba un estruendo proveniente desde el plano terrenal.

—¿QUÉ ESTÁ PASANDO? —grita Brant—.

—Mierda —dice Jhooth—. Mi Padre está en la tierra.

Capítulo 5

Capítulo IV.

Batalla.

"Sed fuertes y valientes; no temáis ni os acobardéis a causa del rey de Asiria, ni a causa de toda la multitud que está con él, porque el que está con nosotros es más poderoso que el que está con él".

-2 Crónicas 32:7.

—¡Debemos salir de aquí! —exclama Jhooth—. Hay que hacer un portal para poder ir a la tierra y ver qué está pasando.

Brant asiente y mira a Azai y Kefas para pedirles ayuda, pero nota cómo ellos se hallaban mirando hacia un horizonte negro y a los demonios que se alzaban a unos metros de ellos, enloquecidos por el estruendo del mundo de arriba.

—Jhooth…

—Carajo, esto se pondrá escandaloso.

Jhooth forja una espada de su propia sangre y se la entrega a Brant, y Azai y Kefas, entendiendo el mensaje, se preparan para pelear mientras los demonios se acercan a ellos con gran velocidad gritando y aullando la palabra "Padre".

—Jhooth, ¿por qué simplemente no los controlas y ya? —pregunta Brant una vez recibe la espada—.

—Eso lo contestaré después. Ahora cuídense las espaldas y no flaqueen hasta acabar con estas cosas.

Jhooth crea otra espada emulando la que le diera a Brant, la empuña y arremete casi instintivamente contra los demonios que se hallaban casi sobre el cuarteto, pasando por sobre el hombre y los ángeles que se hallaban con él. Azai, sin dudar ni un segundo, se lanza a la batalla detrás de Jhooth empuñando su lanza celestial, seguido por Brant arrastrando su espada.

—¡Vamos, Kefas! ¡Debemos acabar con esto para poder ir arriba! —lo anima Azai—.

—Tsk, está bien. Pero sigo sin confiar en él.

Kefas, sin ninguna clase de arma, sólo sus puños y su armadura dorada, se aproxima a toda velocidad a la horda de demonios para combatirlos. Se junta con Azai para atacar en equipo y ambos cargan contra las criaturas que estaban ya sobre ellos. Kefas comienza a atacar directamente con sus puños haciendo polvo a los demonios, mostrando lo que le habría pasado a Azai de no ser tan resistente, mientras este último arremetía con su lanza a una velocidad sobrehumana a todos los que Kefas no alcanzaba a golpear.

—Carajo —dice Brant mientras intenta blandir eficazmente la espada contra los demonios—, estos tipos son unas bestias.

—¿Ves por qué los elegí, chico? Si están en tu equipo, tienes la victoria casi en tus manos —con un grito, alza sus alas, grandes y majestuosas como las de un ángel, pero a la vez negras y puntiagudas como las de un demonio, y se abalanza sobre un grupo de demonios, partiéndolos con su espada y quemando con ésta los cuerpos cercenados de los demonios—. ¡Já! ¿Por qué los ángeles no son tan fáciles de cortar?

Brant continúa luchando tanto con la espada como con los demonios, mientras Jhooth se divierte asesinando a los que él no alcanza a golpear y Kefas se encarga junto a Azai de decenas y decenas de demonios en cuestión de segundos. Entre los intentos de Brant por dominar la espada, es golpeado por unos demonios que se dirigían hacia él, cayendo al suelo con una herida en la cara.

—¡Brant! —grita Jhooth desde arriba—. ¡No intentes levantar la espada, sólo levántala!

—¿Cómo se supone que haga eso?

—¡Así mismo como lograste ver nuestras formas!

—Como si fuera tan fácil…

Kefas cae al lado de Brant, y logra notar unos rasguños en la piel y la armadura del ángel, que le da una señal para que le de la espada, pero cuando se la va a dar, logra levantarla como si pesara lo que una pluma.

—Listo, ya la puedes levantar.

—¿Q-qué?

—¿Creíste que iba a ayudarte levantándola?

—Sí.

—Creíste mal, ahora levántala de esa misma forma y pelea.

Brant deja caer la espada al suelo y la empuña con ambas manos, percatándose del mensaje de Kefas y el de Jhooth, y se anima a intentar levantarla de nuevo, lográndolo con aún más facilidad, y se dirige al lado de los ángeles a luchar de nuevo. Al no poder volar, corre hacia los demonios que se arrastraban por tierra para embestirlos con toda su fuerza, pero al verse rápidamente superado por estos —en parte por la gran cantidad de criaturas que venían hacia él—, Jhooth acude a su ayuda y atraviesa a las hordas que él no podía alcanzar.

—Gracias, Jhooth.

—Lucha ahora, agradéceme después.

—Vale.

Brant y Jhooth pelean espalda con espalda, arremetiendo, cortando y quemando a las decenas de demonios y criaturas de pesadilla que venían hacia ellos. Luego de lo que parecían ser horas, Azai y Kefas se unen a ellos, viéndose muy superados y ya estando agotados.

—Maldición, Jhooth, ¿por qué no sólo los controlas y listo? —pregunta impaciente Kefas—.

—Si pudiera lo haría, ¿no crees?

—Creo que simplemente estás jugando con nosotros —dice, mientras azota un par de demonios conta el suelo, reventando sus cuerpos al instante—.

—Kefas —interrumpe Azai, mientras atraviesa a una decena de demonios con su lanza y los parte en dos—. Concéntrate en pelear ahora, luego lo recriminas.

—Basta los tres —dice Brant—. Jhooth, tú eres el que mejor sabe cómo funciona este lugar, ¿alguna idea?

—Mmh —murmura Jhooth mientras golpea unos demonios con sus manos—. Brant, cuando te dé la señal, azotas tu espada con todas tus fuerzas contra el suelo.

—Está bien.

Jhooth se alza en vuelo y aterriza en el centro de la horda, alza su espada cercenando a los demonios que yacían a su alrededor y la enciende en

llamas. Brant, entendiendo que esa era la señal, rápidamente azota su espada contra el suelo al mismo tiempo que Jhooth, provocando una onda de sonido y una llamarada proveniente de ambos lados del campo de batalla, aturdiendo y haciendo arder a las hordas simultáneamente. Segundos después, ambas ondas chocan la una con la otra y crean un campo de impacto, volviendo cenizas a todo demonio que entrara en contacto con éste en un instante.

—Diablos… —Brant deja caer la espada al piso y cae semi inconsciente de rodillas al lado de ella—.

—Vaya pelea —dice Azai, sentándose al lado de Brant—.

—Los ángeles son duros de matar, pero los demonios… Son interminables —dice Jhooth riendo y se apoya en su espada una vez que llega con Brant y los ángeles—.

—Jhooth —interrumpe Brant—.

—¿Qué?

—Responde lo que te dije hace un rato. ¿Por qué simplemente no los controlabas para que se detuvieran y ya?

—Porque no es tan simple como eso, niño.

—¿Cómo no?

—Porque no puedo hacerlo.

—No digas esas idioteces, Jhooth —lo enfrenta Kefas—, ¿qué es eso de que no los puedes controlar?

—No puede ser… ¿Qué se les ha dicho de mí allá en Samia?

—Lo mismo que en la tierra. Que gobiernas sobre los demonios que habitan el Sheol y los controlas para que se interpongan entre los humanos y la vida eterna en Samia.

—Puras mentiras. Pfft, y así me llaman mentiroso a mí.

—¿Y cuál sería la “verdad”? —pregunta Azai—.

Jhooth suspira, mira a Brant a los ojos y esconde sus alas. Kefas da un paso hacia él de forma amenazante y es detenido por Azai, quién lo sostiene del hombro con fuerza.

El Rey del Sheol comienza a contar cómo fue que llegó al Sheol, siendo enviado por su Padre al ser ángel más leal, ya que este lugar necesitaba de alguien que los cuidase y controlara lo que pasaba ahí. Brant, sabiendo toda esa historia, lo incita a que adelante la historia y cuente qué es lo que realmente hace ahí, y Jhooth interpela diciendo que realmente no gobierna, sólo es un vigilante castigado por intentar volver a Samia.

—Intenté varias veces hablarle y convencerlo de que me dejara volver, ya que en este sitio realmente sí había un gobernante que lo mantenía todo en orden, pero mi Padre se negó a creerme.

—"¿Cómo vas a saber algo que mi omnisciencia ignora?" —dice Brant—.

—Exacto. Se negó a dejarme ir a Samia por "confundir a los ángeles y sacar a los humanos del camino del bien", además de haber atacado a la tierra con tal de tener su atención. La cosa es que aquí ya hay un gobernante, alguien que ciertamente es más poderoso que yo y lo suficientemente hábil para esconderse de mi Padre. Intenté enfrentarlo una vez para que dejara a los humanos en paz, ya que él mismo había causado más daño que yo y…

—¿Cómo podría alguien hacer más mal que tú? —pregunta Kefas, aún sin creerle ni una palabra—.

—Causando muerte. Verás, lo que yo hago es tentar a los humanos, intentar desviarlos del camino de mi Padre porque es lo que él me ordenó hacer, pero nada más. Yo no causo muerte, yo no destruyo. Yo miento, engaño y tiento a la gente a hacer lo que se considera "malo", muestro el camino del bien y el de la felicidad y los separo. Pero éste ser que reina aquí, mata. Sale a la tierra como si nada y causa la muerte de quién quiera que muera, le niega la muerte al que desea morir, toma el sufrimiento y odio de la gente para aumentarlos y los prolonga en toda forma imaginable. En eso nos diferenciamos.

—¿Y cómo es que este "ser" se ha mantenido oculto durante tanto tiempo de los ojos de Memrá? —pregunta Azai—.

—Porque la humanidad lo ha naturalizado. En un principio, éste ser, El Olvidado, atentaba contra la creación de mi Padre de una forma que Él no vio posible: a través de sus actos. Diluvios, plagas, pestes, asesinatos. Todo eso para los humanos y mi propio Padre eran "castigos de Tzevaoh", por lo que era natural, y así fue como este ser creció en poder. La muerte lo llamaba y él llamaba a la muerte, y él la controlaba matando a quién se le antojara. Es la fuerza destructiva de Tzevaoh encarnada en un cuerpo que nadie ve, pero que todos saben que está ahí. Y creo firmemente que él es el que está detrás de todo esto.

—Entonces creo que deberíamos a la tierra ahora —dice Brant y se levanta de nuevo—.

—Demonios, chico, ¿acaso no piensas descansar?

—Jhooth tiene un punto, Brant. Además, mírate, estás herido.

—No importa, puedo seguir —levanta la espada y camina hacia Jhooth—. Hora de hacer el portal.

—Carajo, eras tan cabeza dura como esos dos —señala a Azai y Kefas—. Bien, ven aquí.

Jhooth se une a su espada y llama a Brant, en cuanto el chico llega a su lado, Jhooth pone sus manos en las heridas de su cuerpo y o cura rápidamente, luego le da una señal para que retroceda y junta sus manos, cierra sus ojos concentrándose e inmediatamente un viento que arrasaría con un poblado entero comienza a sopla alrededor de él, haciendo que Brant y los ángeles retrocedan.

—¿Listos para la diversión? —pregunta Jhooth, abre los ojos que, a diferencia de los de Azai y Kefas, no habían cambiado, y en un segundo el portal se yergue frente a él—.

Tzevaoh se dirige a la tierra, decidido a acabar con lo que sea que estuviera amenazando con destruir la tierra. Al llegar, se encuentra con una ciudad destruida totalmente y unas criaturas que asesinaban a la gente a diestra y siniestra. Memrá inmediatamente acude a ayudar a la gente deshaciéndose de dichas criaturas, pero al acabar con ellas se da cuenta que la gente que acababa de salvar estaba cambiando. Rostros llorando de miedo viendo a los cuerpos cercenados a unos metros de ellos se tornaban inexpresivos y de un negro abismal. De pronto esos mismos cuerpos mutados se lanzaban a atacarlo y, para sorpresa del Gran Creador, lograban hacerle daño.

Tzevaoh batalló con esas criaturas, que parecían sacadas de sus más profundas pesadillas. Combatió y abatió a varias, mientras estas llegaban y llegaban sin parar. La batalla se alargó durante un rato, mientras las criaturas le impedían avanzar de esa cuadra y Él mataba y mataba cada vez más criaturas.

—¿¡Quién se atreve a hacerle esto a mi creación?! —grita, iracundo—.

—Qué bueno que preguntas —resonó una voz rasposa y grave, casi salida de la misma garganta de Tzevaoh. Las criaturas cesan su ataque, desapareciendo en menos de un segundo, y una figura sombría se alza a unos metros de Él: El Olvidado—.

Capítulo 6

Capítulo V.

Verdades.

"Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas las llamó Noche".

-Génesis 1:3-6.

Al ver esa figura alta, cubierta en sombras, sin un rostro visible pero un leve brillo verde proveniente del lado izquierdo, en donde normalmente habría un ojo y rodeado por una niebla negra, fría y espesa como la nieve que congela los prados y templos de Aomori, Tzevaoh baja su guardia y pregunta firmemente:

—¿Quién eres y por qué osas interrumpir la vida de mi creación como si fuese de tu propiedad?

—Y el Hombre se autoproclamó el más sabio, aun ignorando lo más básico de todo: su identidad —respondió el ente, luego rio y se acercó a Tzevaoh, arrastrando con él la espesa niebla—.

—No te atrevas a ver en menos mi sabiduría —reclama Tzevaoh, y procede a acercarse también al ente—.

Pronto, ambos se toparon frente a frente, pero Tzevaoh seguía sin ver el rostro de su opositor. Volvió a preguntar quién era, y este solo le respondía con más burlas, haciéndolo enojar cada vez más, provocando también temblores en la tierra.

—Lo preguntaré una última vez, y más te vale esconderte si no me gusta tu respuesta: ¿quién eres y por qué irrumpes así en mis dominios?

—Y su omnisciencia iba más allá de todo, menos de sí mismo —recitó nuevamente, sin moverse un centímetro de donde estaba, desafiando la paciencia del Creador—.

Tzevaoh explota en ira, haciendo salir fuego de la tierra y azotándola con potentes rayos, se abalanza sobre el ente que estaba delante de Él y lo azota con una fuerza inconmensurable, apuntando a matar a esta criatura. Lo lanza contra el piso y a través de casas y edificios, incluso usando a la misma naturaleza para infligirle daño, impactándolo con

rayos, levantamientos de roca ardiendo y generando olas desde la tierra seca para arrastrarlo fuera de las ciudades, y una vez lejos de cualquier rastro de población, crea una lanza dorada usando el mismo viento y la arroja contra el ente que se presentó ante Él, clavándolo desde el pecho en el suelo. Luego, Tzevaoh se acerca a él y lo mira con desprecio.

—Que eso te enseñe a no tratar con la ira del Creador —da la vuelta y comienza a caminar—. Ahora desharé todo esto —el ente comienza a reír irónicamente, Tzevaoh voltea y sólo logra vislumbrar aquella niebla dispersándose y luego el ente aparece detrás de Él—.

—No deberías confiarte tanto.

El ente le da un puñetazo a Tzevaoh en las costillas, lanzándolo lejos de donde estaba parado, luego usa la misma niebla para transportarse frente al Creador, que yacía arrodillado en la tierra y le azota con otro golpe en la cabeza, derribándolo y causando rompimiento en la tierra por la fuerza de este. Usando la niebla, lo levanta del suelo y mira su rostro, magullado por el golpe que acababa de recibir y lo toma de la barbilla para nuevamente darle un puñetazo demoledor que lo envía lejos, justo donde había más criaturas esperando para atacarlo.

Justo antes de ser alcanzado por las criaturas, es detenido en el aire por Jerahmeel, quién había bajado de Samia para rescatarlo. Lo lleva lejos de las criaturas y lo deja en el suelo, pero cae de rodillas apenas pudiéndose sostener debido al daño que recibió por parte de su adversario.

—¿Por qué viniste, ángel?

—No podía dejar que esa criatura le hiciera más daño, Señor.

—Estúpido, viniste aquí a morir.

—Si he de desaparecer en el eterno vacío, que sea por defender a la tierra y a Samia.

—Vete de aquí, no puedes detenerle.

—Yo que tú le haría caso —interrumpe el ente—. Y de paso, me acomodaría para ver lo que pasará con tu Señor y con la tierra.

—Mi Señor —Jerahmeel se pone delante de Tzevaoh y hace surgir un escudo y una maza, pero es detenido por Él—.

—Idiota, te dije que te fueras.

—No lo dejaré solo, Señor —mira al ente—. ¿Quién eres tú?

—Soy el verdadero Rey del Sheol, aquel que reina desde la oscuridad del abismo y domina a todos los demonios y almas perdidas. El que emana pecado desde su propio cuerpo y pudre las almas humanas. Soy El Olvidado.

—No puede ser —dice Tzevaoh—. T-tú eres…

—Aquél al que conocen en el reino de los muertos como K'naa, el que reina contra Memrá. O mejor dicho…

—La ira de Memrá —dice una voz conocida para Tzevaoh y Jerahmeel—.

En ese momento, se alza el portal proveniente del Sheol, y a través de este pasan Brant, Jhooth, Azai y Kefas. Para sorpresa de Jerahmeel, Brant venía herido y con una espada en sus manos, mientras que Azai portaba su lanza.

—¿Q-qué dijiste? —pregunta Jerahmeel—.

—Este tipo, K'naa, es producto de la ira de Memrá. La ira y la destrucción que causó con ella dieron origen a este… Tipo.

—Finalmente alguien que sabe algo —dice K'naa, burlándose—. Aunque al parecer no lo sabes completamente todo.

—¡Responde, K'naa! —grita Tzevaoh—. ¿¡De dónde vienes y qué quieres?!

—Vengo de lo más profundo de tu propio ser, arribando a los pozos de sangre del Sheol. Surgí desde tu propia ira y odio, tu destrucción me creó y gracias a ella soy quién verdaderamente reina a las almas y los demonios atormentados del Sheol, no como el niño agraciado y atrevido que enviaste. Yo soy tu propio pecado. Yo… Soy tú.

K'naa dispersa las nieblas que lo acompañaban y revela su rostro ante todos, que resultaba ser, independientemente de quién lo mirara, exactamente igual al de Tzevaoh, salvo por la ligera diferencia de sus ojos, que parecían los de un ciego, y la cicatriz que pasaba en línea casi recta desde su frente hasta su barbilla, terminando en una curva inclinada a la derecha.

Jerahmeel no cabía en su sorpresa, ¿cómo podía ser que esta criatura fuera exactamente igual en apariencia a su Señor? A su vez, Brant, Azai y Kefas miraron a Jhooth intrigados, puesto que no creían —al menos no totalmente— que este ser, descrito desde siempre como maligno, pudiera decir la verdad, y ver esta manifestación frente a ellos les resolvía una

duda, pero a la vez les clavaba muchas más respecto al antiguo ángel de Tzevaoh.

—¿Sabías algo de esto? —pregunta Tzevaoh—.

—He estado tratando de decírtelo durante siglos.

—¿Y por qué…?

—No me escuchaste nunca. Ahora retrocede, me toca a mí.

—Yo no pude hacerle nada, ¿qué crees que podrás hacer tú?

—No lo sé. Más que tú.

Jhooth alza sus alas y se lanza al ataque rápidamente. Golpea a K'naa con fuerza en la cara mandándolo lejos, tal y como su Padre lo había hecho antes, y se dirige hacia el sin prisa. Se para delante de un maltrecho K'naa, mirándolo con desprecio y una pequeña pizca de temor disfrazado de frialdad, pone un pie sobre su pecho y se pone en cuclillas sobre él.

—Por tu culpa me han mantenido ahí abajo todo este tiempo, ¿sabes? Es hora de que pagues.

Alza sus garras —ya demoníacas, por toda la influencia del Sheol— y las clava en el pecho de K'naa, el cual grita dolorosamente y, mientras, el grito se desvanece en su garganta, empieza a reír maníacamente. Jhooth lo mira con un terror y sorpresa casi absolutos, y con un simple movimiento K'naa se lo quita de encima, arrojándolo contra un grupo de árboles que estaban cerca. Jhooth se levanta rápidamente y arremete contra el causante de su destierro, pero éste lo contraataca atravesándolo con su mano en punta, como si fuese una lanza. Jhooth escupe un poco de sangre negra y cae semi inconsciente sobre el brazo de K'naa, quien sacude su mano y lo deja caer al suelo.

—Tú, mi amigo, no eres Memrá —se voltea y comienza a caminar hacia el lugar donde se encuentra Tzevaoh, despreciando al supuesto Rey del Sheol y dejándolo solo en el suelo—.

—Y tú… No sabes mucho sobre mí.

K'naa voltea a ver a Jhooth, y éste usa su sangre para crear nuevamente la espada, esta vez más grande, y se lanza contra un K'naa que tenía en su rostro una sonrisa de felicidad, puesto que el ímpetu del que usurparía su trono por decreto de Tzevaoh era equiparable a la fuerza del Creador y Regente Supremo.

—Lo siento, ángel, pero mis asuntos no son contigo ni con los que te acompañan, ni siquiera con el pequeño que acompaña a tu Padre. Son directamente con Él.

K’naa estira su mano y atrapa a Jhooth por el cuello justo cuando iba llegando a él, lo deja de pie en el suelo y va con Tzevaoh a toda velocidad, pero es detenido rápidamente por Brant, Azai, Kefas y Jerahmeel. K’naa ríe estrepitosamente y les pregunta si saben a lo que se atienen al enfrentarse a él de esa forma.

—No me importa —dice Brant—. Te detendremos cueste lo que cueste.

—No digas tonterías, chico —le replica Tzevaoh—, no son rivales para él.

—Háganle caso y lárguense. Esto no les incumbe.

—¿Y si no nos marchamos? —interpela Kefas—.

—Los mataré aquí mismo y su muerte habrá sido en vano.

Kefas bufa y se lanza contra K’naa, quien se prepara para recibirlo igual que a Jhooth, pero antes de poder siquiera moverse es alcanzado por la veloz lanza de Azai, que pasa desde su mano atravesándole el abdomen y clavándolo en el suelo, y Kefas cae sobre él repartiéndole puñetazos como rayos.

—No vayas, chico —dijo Tzevaoh, deteniendo a Brant—.

—Iré.

—Vas a morir.

—Ya estoy muerto.

Brant corre rápidamente hacia K’naa para atacarlo con su espada, pero es interceptado por Jhooth, quien lo lleva de vuelta con Tzevaoh. Por el impacto, Brant suelta su espada, dejándola caer al suelo.

—¿¡Qué carajos haces?! ¡Déjame ayudar!

—Guarda tus fuerzas, Brant. Presiento que las necesitarás más adelante. Tú, ángel —mira a Jerahmeel—.

—¿Q-qué?

—Lleva a mi Padre a Samia —mira a Brant—. Mantendremos a K’naa

ocupado aquí.

Brant inmediatamente entendió por qué Jhooth lo hizo volver, lo mira a los ojos y, cuando Jerahmeel volvió a Samia con Tzevaoh, Jhooth hace un corte en las palmas de Brant.

—¿Y eso a qué vino?

—Ve por tu espada y verás.

Brant va con la espada a regañadientes, se agacha a recogerla y, al entrar en contacto con su sangre, se derrite y entra en su mano, sanando ambos cortes y dándole a Brant una sensación de fortaleza que no había tenido desde hace tiempo.

—¿Qué acaba de pasar?

—Ahora la espada es parte de ti, y tú eres la espada. Podrás controlarla a tu antojo y malearla según tu necesidad. Vamos, debemos ayudar a esos dos.

Azai y Kefas seguían peleando con K'naa, que parecía no cansarse de ellos. Ambos ángeles atacaban con todo a su oponente, mientras este les respondía cada ataque con un golpe que, sin la intención de matarlos, los hacía retroceder varios metros. Kefas intenta atacar desde lejos enviando pulsos de choque al pisar el suelo, mientras Azai divide su lanza en dos y usa ambas partes para mantener a la contraparte de Tzevaoh a raya e inmóvil para que reciba el impacto de Kefas.

Jhooth, en menos de un segundo, lleva volando a Brant al lugar donde los ángeles luchaban con K'naa, ambos sin decirse una sola palabra, y estando sobre los guerreros, Jhooth deja caer a Brant directamente encima de K'naa. Estando a punto de impactar, Brant intenta forjar un arma con la nueva habilidad que le diera Jhooth, y crea un brazo con garras que atrapa a K'naa por el cuello y lo inmoviliza contra el suelo, y de su otra mano surge un escudo que lo protege de la onda emitida por Kefas, mientras que a K'naa le da de lleno. El impacto hace que el escudo de Brant se "rompa" poco a poco, mientras que en K'naa el efecto, aparentemente devastador, lo hace desmaterializarse fragmentándose en pedazos y estos, a su vez, en pedazos más y más pequeños.

—Esa jugada fue buena, lo admito —sonó la voz de K'naa, proviniendo de todas partes a la vez, aturdiendo a Brant y los ángeles—. Sus instintos asesinos se comparan a los míos, pero yo estoy a otro nivel.

K'naa se materializa nuevamente en el cielo, asegurándose de que el trío lo pudiera ver, y hace surgir las tinieblas del Sheol alrededor de ellos, cubriendo todo su campo de visión y forzándolos a apoyarse espalda con

espalda, y en eso llega Jhooth con un impacto vertical desde arriba de K'naa, llevándolo directo contra las rocas y causando una explosión de llamas y lava que extinguieron las tinieblas y consumieron cada planta, piedra y grano de tierra a un radio de diez metros alrededor de él y su presa.

—Ganaste esa vez cuando lograste que me mantuvieran prisionero en tu reino, pero recuerda estas palabras: Esta vez no ganarás.

—Jhooth, ya gané.

K'naa se vuelve a desmaterializar debajo de Jhooth, se materializa detrás de él y lo arrastra agarrándolo por el cráneo hasta Brant y los ángeles, que observaron todo eso desde lejos, y los arroja directamente con sus compañeros.

—Lo admito, son buenos. Pero aún no entienden que mi asunto no es con ustedes. De todas formas, nos veremos luego, si logran vivir lo suficiente.

K'naa comienza a reír maniáticamente, causándole escalofríos a Brant y una sensación de temor a Azai y Kefas, y se desvanece en el aire, mientras su risa sigue resonando por todos lados como un eco sin fin. Jhooth, mientras tanto, se acerca a ellos y abre un portal distinto del que los sacó del Sheol y los invita a adentrarse en él.

—¿Adónde nos llevas ahora? —pregunta Brant—.

—Vamos a Samia.

Capítulo 7

Capítulo VI.

Auxilium desperandum prohibet.

"Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales".

-Efesios 6:12

—Necesitamos un plan urgentemente —declara Jhooth, ante las miradas de Brant, Tzevaoh y los tres ángeles—.

—¿Desde cuándo tú eres el líder? —reclama Kefas, respaldado por Jerahmeel—.

—Desde que los saqué de Sheol y mantuve a K'naa más ocupado que ustedes.

—¿Y sólo por eso…?

—Basta —interpela Tzevaoh, mirando a Kefas—. Jhooth, ¿cómo piensas detenerlo?

—Eso es lo que no he pensado. Quise retenerlo para probar sus capacidades, pero no logré dar con ninguna posible debilidad.

—Tzevaoh —interviene Brant—.

—¿Qué? —pregunta Tzevaoh—.

—Tú eres él. O sea… Él es tú, o eso es lo que entiendo, ¿no? —mira a Jhooth—.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunta Jerahmeel—.

—Tú debes tener alguna debilidad. Digo, si él es tu contraparte, y buscamos una debilidad en él, esa debe ser una que tú tengas.

—¿Qué te hace creer que nuestro Señor Memrá tiene debilidades? —lo asalta Jerahmeel—.

—¡Basta, ángel! —lo sujeta Tzevaoh—. El chico tiene un punto.

—Claro —expresa Jhooth—, es un buen punto, pero Jerahmeel tiene otro igual de bueno —mira a Brant—. ¿Cómo planeas averiguar alguna debilidad de K'naa, si hasta donde sabemos Tzeeva no la tiene?

—Claro que la tiene —interviene Azai—.

—¿Qué? —pregunta Jerahmeel—.

—Su paciencia —exclama Brant—.

Tzevaoh agacha la mirada y Jhooth lanza un suspiro seguido de una breve risa. Kefas mira a Brant en lo que éste se sienta en el suelo y mira hacia arriba.

—Ese tipo, K'naa, es muy similar a Jhooth.

—¿A qué te refieres? —pregunta Jhooth, intrigado—.

—Cuando apareciste por primera vez aquí ante mí, no te vi como una amenaza, pero sí como alguien de quién hay que cuidarse —Jhooth lo mira, intentando entender su punto—. Llegaste aquí haciendo afirmaciones sobre Tzevaoh y sobre nosotros y los humanos allá abajo, siempre burlándote de la poca paciencia de Tzevaoh; pero siempre mostraste tener la razón en tus puntos.

—¿Qué insinúas? —pregunta Azai—.

—K'naa y Jhooth tienen personalidades muy similares. Casi iguales.

—¿Entonces K'naa realmente no es parte de Memrá, sino que de Jhooth? —pregunta Jerahmeel, feliz de escuchar eso—.

—No —interviene Tzevaoh—. Él es parte de mí, pero de alguna forma, Jhooth es parte de él.

Se hizo un silencio ensordecedor, todos se miran entre ellos, intentando buscar una respuesta al dilema que se les presentaba en frente: ¿Cómo podía ser que alguien que nació gracias al poder de Tzevaoh pueda ser parte de Jhooth?

Kefas, perdiendo la paciencia, da un paso hacia Brant y, mientras Azai observa sus movimientos, lo llama a levantarse.

—Muchacho, no tengo nada contra ti, ¿pero adónde quieres llevarnos con

toda esta charla?

—Nos encasillamos demasiado en la debilidad de Tzevaoh para vencer a K’naa, sólo digo que miremos más allá, pueden ser uno mismo, pero viéndolo pelear con Jhooth y contra ustedes, logré ver algo de su personalidad. Eso me dejó claro que NO son el mismo. K’naa sólo es producto de Tzevaoh, pero él mismo pudo haber influido en Jhooth.

—Y eso nos lleva a… —reclama Kefas—.

Brant, harto de la situación en la se había metido, frunce el ceño y se acuesta en el suelo. Jhooth crea un ojo con el que observa lo que sucedía en la tierra, viendo toda la destrucción causada por K’naa. La horda de criaturas ya se había expandido por casi todo el globo, arrasando poblados y países enteros. Tzevaoh no podía creer lo que veía, y Jerahmeel, sin pensarlo dos veces, abre un portal para ir a la tierra.

—¡Idiota! ¿Qué haces? —grita Azai—.

—Iré a salvar a la gente que aún no cae en manos de K’naa.

Jerahmeel cruza el portal, que inmediatamente después se cierra detrás de él, mientras Jhooth y Tzevaoh lo observan incrédulos.

—Parece que ese Jerahmeel no era sólo un niño llorón después de todo —comienza a abrir un portal—.

—¿Qué harás? —pregunta Tzevaoh—.

—Lo ayudaré.

Jhooth cruza el portal, seguido por Azai, que le dice a Kefas y Brant que se queden con Tzevaoh. Brant acepta la orden y mira a Kefas, dudando de su capacidad de seguir órdenes.

—Idearemos un plan de ataque, buena suerte —dice Brant—.

En el momento en que Azai termina de cruzar el portal, Brant se acerca a Tzevaoh y observa la tierra desde el ojo de Jhooth.

—¿Crees que Kefas esté de acuerdo en quedarse aquí? —pregunta en voz baja—.

—No lo está —responde Tzevaoh—. Pero sabe que si intenta ir a la tierra no se lo permitiré. Es de los pocos ángeles que no pueden ir sin mi autorización.

—¿Por qué?

—Por cuidado. Sé de lo que es capaz, su temperamento lo puede hacer destruir todo a su alrededor, por eso Azai fue asignado como su compañero.

—Porque es el único ángel que puede resistir y contener sus ataques,

—Sí.

—Pero… ¿Por qué lo aceptaste como ángel pese a lo que sabes de él?

—Por la misma razón por la que no lo dejo ir a la tierra. Por cuidado. Si lo hubiera dejado en el Sheol, estoy seguro que habría causado estragos en la tierra hace mucho tiempo.

—Ya veo. ¿Y qué haremos para detener esto?

—Honestamente, chico… No lo sé. Jamás pensé que mi propia ira pudiera desatar esto.

—Sugiero que estemos atentos a lo que pase ahora —interviene Kefas—. Tal vez podamos dar con una forma de vencerlo.

Tzevaoh y Brant miran a Kefas y asienten, luego se disponen a observar lo que pasaba en la tierra, siguiendo los movimientos de Jhooth, Jerahmeel y Azai, y estando alertas por si aparecía K'naa.

En la tierra, Jhooth sobrevuela los poblados buscando gente que aún no fuera alcanzada por las hordas de K'naa, guiando a Azai por entre las hordas y a Jerahmeel para ayudar a transportarlos a una zona segura.

—¡Rápido, no podemos dejar que se apoderen de todos! —grita Jhooth—.

—¡Tal vez sería más rápido si tú también ayudaras con estas cosas! —responde Azai, deshaciéndose de las criaturas que se aproximaban a un hogar donde había personas no afectadas por estas—.

Dentro del hogar, se encontraba Jerahmeel, sosteniendo un portal mientras ayudaba a la gente dentro de él a cruzar hacia la zona segura.

—M-muchas gracias —dice una mujer—. No sé si habríamos podido salir de aquí sin ustedes.

—Por favor, no agradezca —replica—, estamos aquí para ayudar.

—¿S-son ángeles? —pregunta, mirándolo con los ojos llorosos—.

Jerahmeel suspira y, viendo incluso la disponibilidad de Jhooth para ayudarlos, asiente con la cabeza y sonríe. La mujer, mirando en él a un hombre delgado y de cabello rizado, comienza a soltar lágrimas de felicidad mientras es llevada por un niño al portal.

—¿Estás bien, má? —pregunta el niño—.

—Sí, mijo, lo estoy —contesta la madre—.

El niño voltea a ver a Jerahmeel, sin poder ver una forma clara en él, pero sonríe al ver que logró hacer feliz a su madre. Jerahmeel le devuelve la sonrisa, sin saber que el niño no podía verla, y llama al resto de la gente para que sigan avanzando.

Capítulo 8

Azai y Kefas: Atrocidad Encarnada.

"Ciertamente, por mandato del Señor sucedió esto contra Judá para quitarlos de su presencia, por los pecados de Manasés, por todo lo que había hecho, y también por la sangre inocente que derramó, pues llenó a Jerusalén de sangre inocente, y el Señor no quiso perdonar".

-2 Reyes 24:3-4

—¡Yakhaf! ¡Vamos, rápido!

Gritó Almawt a Yakhaf, mientras corría despavorido de la destrucción que estaba consumiendo el poblado. El volcán próximo estaba erupcionando, mientras las ardientes cenizas caían sobre las casas, prendiéndolas en fuego y la humareda cegaba a todos mientras huían desesperados, Yakhaf se encontraba atrás, a diez metros de Almawt, acribillando a puñetazos a un hombre sólo porque había chocado con él mientras huía.

—¡Maldición, Yakhaf, déjalo ya y corre! —gritó Almawt nuevamente—.

—Toma esto, imbécil —refunfuñaba Yakhaf mientras masacraba a aquel hombre—.

—Basta ya —Almawt, que había regresado corriendo, toma a Yakhaf por el pescuezo y lo arroja hacia atrás y se para frente a él—. En cualquier otro momento te dejaría hacer esto, pero mira —señala al volcán—, o corres, o te mueres antes que alcances a matar a este tipo.

—Pft, está bien —Yakhaf se pone de pie, mira al hombre en el suelo, ya ensangrentado y apenas respirando; le lanza un escupitajo y comienza a caminar—. De todos modos, morirá aquí.

Los dos asesinos comenzaron a correr lejos del poblado, empujando y golpeando a quién estuviera frente a ellos, pues su prioridad era salvarse a sí mismos. De pronto, la tierra comenzó a temblar y las cenizas y humo se multiplicaron. Ambos corrieron aún más rápido, apenas pudiendo respirar el aire tóxico que los sofocaba, y de pronto se toparon con una figura sombría y más alta que ellos. Yakhaf, mirándolo directo a los ojos, le grita que se quite de su camino; Almawt le detiene y dice que mantenga cuidado, ya que se percató que este ente no era como las demás personas.

Almawt inmediatamente vio un rostro en él similar al suyo, lo que le causó una sensación de nerviosismo. Intentó persuadir a Yakhaf de que se

fueran y lo dejaran en paz, pero él insistió en llamarlo a la lucha.

—Yakhaf, ya vámonos. Esto no me da buena espina —Almawt no decía esto seguido—.

—Este idiota no nos hará nada. Apártate ahora o te mato aquí mismo —lo desafió Yakhaf—.

—Esas serán sus últimas palabras —dijo el ente—.

Yakhaf, en éxtasis por el temple del ente —al que, por cierto, no le vio nada más que una sonrisa desafiante—, se lanza sobre él para triturarlo a golpes, igual como había hecho antes con aquel hombre. El ente, sin siquiera esforzarse por salir de su camino, atrapa a Yakhaf por el cuello levantándolo en el aire y este se empieza a retorcer, sintiendo el aire atrapado en sus pulmones, y rápidamente se torna de un color morado, esforzándose por respirar. Luego de unos segundos, el ente suelta a Yakhaf, que cae tosiendo de rodillas en el suelo.

—Mierda —exclama Almawt—. Te dije que nos fuéramos.

Almawt se acerca para levantar a Yakhaf, en lo que el ente lo detiene y cubre su cabeza con su mano, revelando ante él todos sus recuerdos.

Yakhaf y Almawt, el dúo de asesinos al que no les temblaba la mano al momento de acabar con la vida de alguien. Los niños criados en medio de esclavos y fueron tratados como tales. Los adolescentes que fueron golpeados hasta casi ser asesinados por sus esclavistas. Los adultos sin miedo que se rebelaron contra los tiranos y asesinaron a los soldados que los resguardaban. Y otra vez los niños, siendo maltratados no sólo por lo soldados, sino que también por otros esclavos.

—Rencor —profesó el ente—, interesante manera de manifestarlo. Lástima que todo será en vano.

Ante el caos desatado en el pueblo, la gente corriendo despavorida —y aparentemente sin verlos— del volcán, la lluvia y los relámpagos que azotaban la tierra, los animales siendo reventados y destripados por rocas fundidas en fuego y casas derrumbándose por la lava saliendo del mismo volcán, el ente alza a Almawt y Yakhaf y los mira a los ojos.

—El destructor —mira a Yakhaf—, y el freno —mira a Almawt—. Son una buena combinación, pero hasta aquí llegaron.

El ente ahorca a los asesinos y revienta sus cuellos, y mientras que las personas que pasaban corriendo por ahí sólo veían dos personas siendo alcanzadas por las rocas volcánicas, los suelta y procede a seguir cazando

más gente.

De pronto, Almawt despierta a un lado de Yakhaf en el mismo lugar donde antes habrían sido brutalmente asesinados. La lava pasaba a través de ellos como si no existieran o fueran inmunes a ella, y en el momento en que se levanta, divisa una figura frente a ellos. Esta vez, la figura tenía una forma diferente; no era sombría y su rostro se veía claramente, no era como el suyo, sino más bien un rostro angelical, casi divino, llevaba una especie de armadura blanca, una cabellera corta y de un carmesí profundo, y unos ojos serios y oscuros.

—¿Q-quién eres? —pregunta Almawt—.

—Alguien que los devolverá a la vida siempre y cuando cumplan mi petición —la criatura despierta a Yakhaf e invita a los asesinos a levantarse—. Estas serán suyas —crea una lanza y una hoz y se las entrega— pero a cambio deberán hacer lo que mejor hacen: asesinarán a todos sin piedad hasta que mi Padre nos escuche y baje Él mismo. Así responderá mi petición.

Almawt, con cierta duda, recibe la lanza y la empuña sin saber si confiar o no en aquella criatura. Yakhaf, por otra parte, rechaza el arma y ríe, asegurando no necesitarla para realizar la petición. Se acelera a atacar a la gente que corría despavorida del pueblo, pero es detenido por Almawt, con la mirada más seria que jamás había dado.

—¿Cuál sería esa petición?

—Que me devuelva adónde pertenezco.

—Tsk…

—¿Qué, alguna otra duda?

—Claro. Ni siquiera nos has dicho tu nombre —reclama, mirándolo a los ojos—.

—No importará cuando vuelvan a la vida, ya que lo olvidarán.

—Mmh, ¿y cómo confiaremos en tu palabra?

—Ya lo verán.

Yakhaf, harto de escuchar la conversación, salta a atacar a los pobladores, asesinando a quién se le cruzara en su camino. Almawt, tentado por la llamada de la muerte —y aun dudando de aquel que los habría "resucitado"—, corre rápidamente al lado de Yakhaf, acompañándolo en su matanza y acabando con todo el poblado aún antes de que la misma

naturaleza amenazante lo hiciera, no sin sufrir algunos daños producto de las mismas cenizas, rocas volcánicas y rayos que caían cerca de ellos.

—Bien hecho, mis ciervos —los felicita la criatura—. Ahora iremos al siguiente poblado, pero esta vez irán mejor equipados.

Usando su propia sangre, que fluía como un líquido dorado, crea unas armaduras que cubrían los cuerpos de los asesinos. Cuando estas encajan en sus cuerpos, la criatura recita unos versos —que los asesinos no sabían si eran sagrados o malditos— que dibujan runas en las armaduras, e inmediatamente después ambos sienten sus facultades físicas aumentar de golpe, aumentando incluso su masa muscular.

—¿Qué hiciste? —cuestiona Almawt—.

—Les di un regalo por su buen trabajo. Úsenlo como deseen.

—¡WHOOOOO! —grita Yakhaf, y se lanza rápidamente a la acción riendo maniáticamente—.

Almawt le lanza una mirada a la criatura antes de verla desaparecer otra vez, y tan veloz como su hermano de armas, corre a la acción empuñando su lanza, y en un abrir y cerrar de ojos acabaron con pueblo tras pueblo mientras el caos natural los seguía de cerca, arrasando con todo a su paso sin dar chance de vida aunque sea a un árbol.

Así pasaron los días y las semanas, hasta que Yakhaf comenzó a dudar, y poco a poco los asesinatos fueron disminuyendo. La criatura que les había prometido devolverlos a la vida, jamás apareció de nuevo; ese aumento de habilidades fue su último regalo antes de su desaparición. Hasta que otro ente, de igual magnitud que el primero, pero con aura diferente, apareció entre ellos.

El ente, que emitía poder infinito y a la vez bondad, les dijo que sabía quiénes eran. <<Ustedes murieron hace tiempo, pero no deberían estar aquí. Aquel les mintió>>. Esas palabras bastaron para que los asesinos cayeran de rodillas. El presentimiento que Yakhaf tenía desde hace días y la certeza de Almawt se volvieron realidad: jamás volverían a la vida. <<Aunque aún puedo darles una oportunidad. Una chance de que hagan el bien y se rediman de todo lo que han hecho aquí>>.

Y así, los asesinos se convirtieron en ángeles. Las armaduras y armas que les hubiera dado aquella criatura no se les fueron arrebatadas, sino que santificadas para que no los corrompieran más. Acompañaron al ente hasta su trono en Samia, donde se les diría que aquella criatura era Jhooth, un antiguo ángel que habría osado rebelarse contra su Padre y contra el mundo, por tanto, siendo desterrado al Sheol, la tierra de los muertos y lugar de castigo infinito para los que osaran desobedecer los

mandatos sagrados de Memrá.

Por primera vez en vida y muerte, todo parecía mejor y más tranquilo para Azai y Kefas. La fuerza y la persistencia.